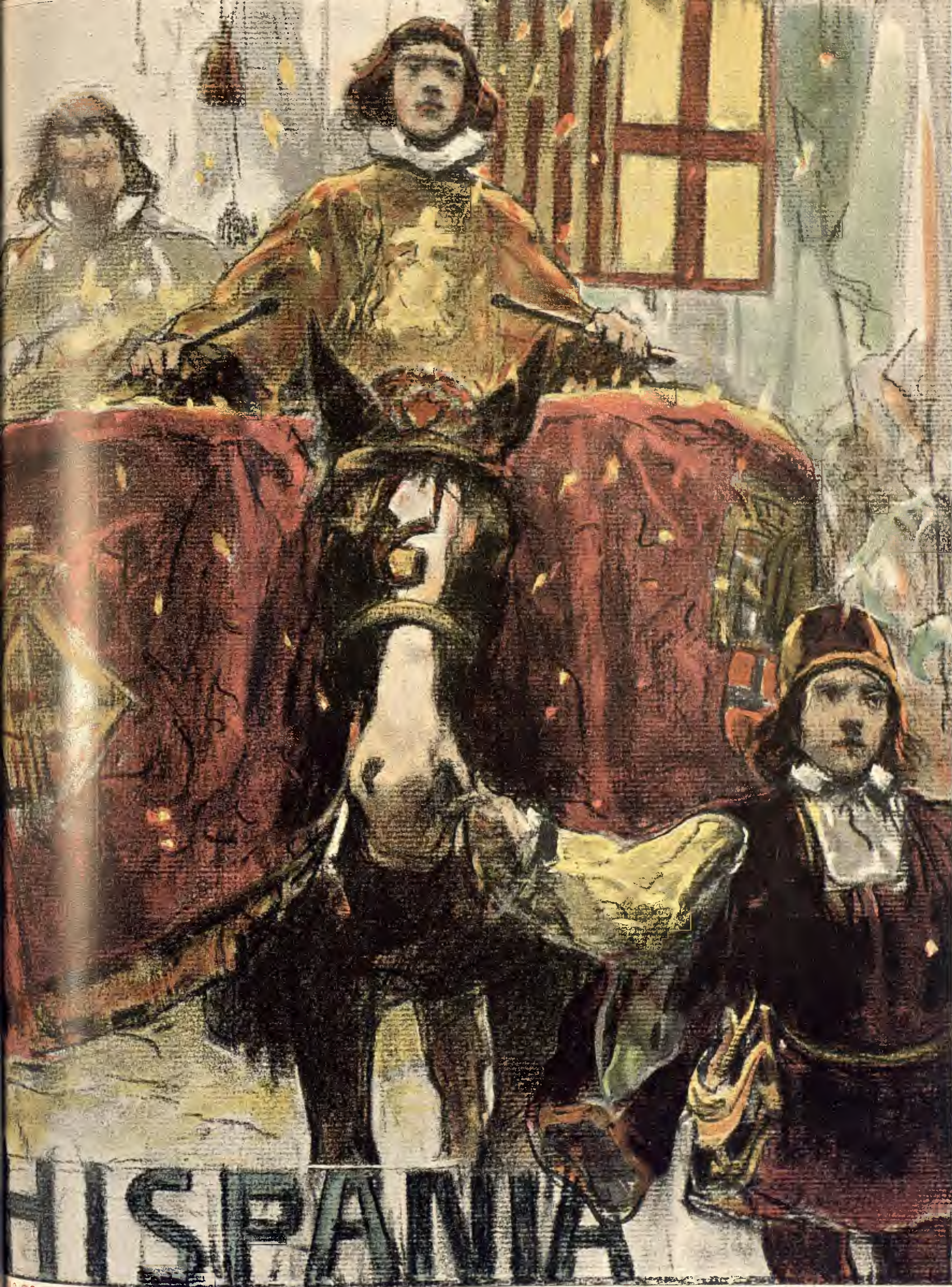






O. JUNYENT.—UNA CALLE DE AVILÉS. ASTURIAS

CORPUS CHRISTI

Lejos, muy lejos de mi ánimo — y así lo declaro ante Dios y ante los hombres — el querer entregarme á comparaciones irreverentes. Pero ello es, que á la octava de Corpus le pasa lo que á los tres días del Carnaval: en el espacio de algunos años ha ido desmereciendo paulatinamente, pero por manera tan lastimosa, que no es ya ni sombra de lo que fué.

La Iglesia continua solemnizando, en el interior de los templos, la memorable festividad con las mismas ceremonias, con la misma augusta majestad y la propia esplendidez de antaño. Pero el Corpus popular, digámoslo así, el Corpus que durante ocho tardes se enseñoreaba de la ciudad barcelonesa, á un tiempo fervoroso y alegre, exuberante de bullicio, de riqueza, de elegancia, de mundana fastuosidad y de religiosa grandeza, ese ha entrado, año tras año, en período de plena decadencia.

¿ Hay que atribuir esta á la ley perenne é inevitable de la transformación que poco á poco altera y modifica tan profundamente las más viejas costumbres, como agrieta las más sólidas y antiguas instituciones? Claro que ese factor de incesante evolución humana ha contribuido poderosamente á que el Corpus de hoy no sea — en lo que á su espectáculo exterior se refiere — lo que era en épocas no muy lejanas todavía: pero entiendo que es principalmente resultado tal decadencia del desarrollo prodigioso que ha adquirido nuestra ciudad de un cuarto de siglo acá. Barcelona ensanchándose en proporciones enormes ha tomado todos los vuelos y todo el aspecto de una gran capital europea; pero ha ido perdiendo, en cambio, el ambiente de intimidad en que antes vivían sus habitantes y que al propio tiempo que facilitaba, perpetuaba ciertas expansiones tradicionales como las del Carnaval ó ciertas festividades religioso-populares cual la de las procesiones de Corpus. Y preciso es confesar que si el Carnaval ha degenerado hasta convertirse en ruín y grotesca ruína, la procesional Octava del Corpus ha perdido las cuatro quintas partes del esplendor y de la magnificencia que en días pasados revestía.

Recuerdos de mi niñez y de mi adolescencia — que remotos ¡ ay! me parecen uno y otra — evocan en mi mente la imagen de la que era aquella inolvidable Octava. De jueves á jueves, durante ocho tardes consecutivas, convertíase Barcelona en alegre, suntuoso y animadísimo escenario, por donde las procesiones desfilaban con toda la pompa que el Catolicismo ha sabido imprimir á sus ceremonias. De las diez y seis parroquias que entonces había en nuestra urbe, rara era la que no celebraba su procesión correspondiente, esforzándose cada una en rivalizar con las otras, estableciéndose ciertas competencias que naturalmente influían en el lucimiento y brillantez del acto. Los respectivos organizadores esforzábanse en poder reunir el mayor número de músicas — circunstancia esencialísima y de gran efecto en el espíritu público — de corporaciones de distinta índole y como en cada procesión había lo que se llamaba el pendón principal

que se confería á persona de arraigo y de posición social reconocida, ponía éste singular empeño en reclutar el mayor número de acompañantes, condición *sine qua non* para desempeñar un papel airoso. Y el triunfo del pendonista era completo, si á un lucido acompañamiento podía unir dos músicas en vez de una y ofrecer á sus huéspedes un opíparo refresco en su domicilio, al concluir la ceremonia.

Como el número de parroquias doblaba el de los días consagrados al Corpus, había tardes en que se celebraban dos y hasta tres procesiones; y era de ver el espectáculo que presentaba Barcelona durante la hermosa Octava; espectáculo singularmente típico en las más antiguas calles de la ciudad, estrechas, tortuosas, de vetustos edificios, engalanados de arriba abajo de vistosas y multicolores colgaduras, de ricos damascos ó de modestas telas; y en cuyos balcones, como en las aceras se agolpaba una multitud ataviada con lo mejorcito de la cómoda. ¡ Y qué derroche de gracia y de hermosura en aquella esplendorosa colección de mujeres cuyos trajes de gasa y de seda ponían alegres matices de azul, blanco y rosa, produciendo la más fantástica sinfonía de color al mezclarse con las entonaciones de las colgaduras y al cambiante resplandor arrojado por los cirios y los hachones de los procesionantes!... Y que indiscutible sensación de arte profano y religioso á la par, se desprendía de aquel cuadro de bullicio y de recogimiento, en medio de aquella atmósfera impregnada de incienso y del perfume de las flores, de místicos rezos y de armonías musicales, de dorados fulgores, de efectos prodigiosos de luz y sombral.

De aquellos antiguos esplendores no van quedando ya más que contados vestigios. Una de las notas características del Corpus que fué, ha casi desaparecido. Refiérome á los *Gigantes*, corporación antes nutrida y respetable, representada hoy tan solo por *l'Hereu* y la *Pubilla*. En mi infancia, conocí personalmente á diez ó doce de tan eminentes próceres. Recuerdo como si se tratara de ayer, á las dos parejas del Pino; á la «moruna» de Santa María del Mar; á la de los Santos Justo y Pastor; á la de San Pablo ó de San Pedro. Recuerdo también que un año, en no se que procesión, figuraron todos los gigantes de Barcelona: fué una cosa soberbia, electrizante, según testimonio unánime de los rapaces de mi generación: aquel largo cortejo de colosales figurones lujosamente engalanados con sus talaes vestimentas, desfilando lenta, majestuosamente, ó bailando con regia gravedad, bajo un diluvio de flores de retama, al son de tambores y caramillo y al acompasado golpear de las *trampas*, formaba en verdad, uno de esos cuadros inolvidables, imponentes, capaces de impresionar el corazón del chico más desengañado.

Hoy no queda ya más que la pareja municipal. Decididamente estamos en plena decadencia.

UN VIEJO BARCELONÉS

EPITALAMIO

I

Al verte al pie del ara,
que embellecen las rosas de tu cara
sobre blancuras de azahar y armiño,
deseo que una flor de poesía
te lleve su perfume en este día,
como tierna expresión de mi cariño.

II

Y encaminando la afanosa planta
por el jardín en que escondido canta
el poeta sin par de los amores,
así que alcanzo á vislumbrar las flores
que riega á cada instante
con lágrimas de amor el Amor mismo,
surge de pronto una floresta amante,
que dibuja en el éter, rasgueados
con tinta de amapolas,
los contornos sutiles y animados
de unos seres con gracia de corolas.

Poseen el encanto que fascina,
como hermosa ilusión de un sueño breve;
seducen por la gracia, que ilumina
su rápido ondular de sombra leve;
y el aura que las mueve,
dirías que, al tocar en cada rizo,
viente los efluvios del hechizo.

Mas ¡ay! que tal encanto es centelleo
que enamora, deslumbra, ciega, hiere...
y extinta la pasión con el deseo,
sus fulgores se van y el amor muere.

Son mujeres en flor, que, en solo un día,
rompiendo el vaso al aspirar su esencia,
consumieron la gota de ambrosía
que bastaba á endulzar una existencia.

Por eso no te nombro ni te envío,
con este débil homenaje mío,
ninguna de esas deslumbrantes flores
que más que del Amor hablan de amores,
como hablan muchos hombres y mujeres,
que en la unión misteriosa de los seres
distinguen mal, ó, á su pesar, confunden
el fuego de dos bocas que se abrasan
y el beso de dos almas que se funden,
desde el día feliz en que se casan.

III

¡ Oh sí, día feliz ! Las lirás todas
de todos los poetas de la tierra,
que enalteciendo las furtivas bodas
derramaron torrentes de armonía,
no bastan á cantar la poesía,
que el santo lazo conyugal encierra.

Los mágicos acentos,
el ritmo soberano,
la belleza exterior de esos portentos
del arte, que transforma en sentimientos
la carne y hueso del amor liviano,
se quedan y aún se arrastran en lo humano,
no alcanzan ni aún presienten lo divino...
la belleza ideal que vibra y canta
en la aurora de amor que se levanta
junto al ara que hoy sella tu destino.
Y es que el amor, si no ha de hurtar el nombre,
y con el nombre la envidiable palma,
ha de ser, para ser digno del hombre,
un compuesto también de cuerpo y alma;
de un cuerpo material que vive y crece,
que sufre y desfallece,
que pasa del placer á la amargura,
y que al fin, como toda criatura,
en lo que tiene de mortal, perece;
mas no el alma, no el alma que ha nacido
del beso casto que ante Dios se han dado,
dos seres que han jurado
un amor, una fe y un solo nido;...
¡ esa alma, no, no ha de morir ! su vuelo
traspasa de la muerte el trance oscuro,
con el sublime y misterioso anhelo
de fabricarse, como aquí en el suelo,
otro nido de amor en lo futuro !

IV

Ya sé que emocionada y temblorosa
ante esas lejanías sonrientes,
vuelves al cielo la mirada hermosa
con ansia de saber si esto que sientes
será mentira ó realidad dichosa.

Y á eso, ... á darte fe, á eso no alcanza
mi pobre poesía;
mas si tu me creyeses, te diría
que ames mucho y que tengas esperanza,
pues así lo aprendí de un libro viejo
que relataba una vetusta historia,
sabrosa y dulce como un buen consejo
de esos que saben, como el mito, á gloria.

V

La historia ya verás que es muy sencilla.
Dos lugareños son los héroes de ella :
Hilario brilla por buen hombre, y brilla
más por dulce su esposa, que por bella.

Unidos y al amor del Pirineo,
que de sus nieves la pureza toma,
ni se curan del César, ni el deseo
sienten siquiera de saber si hay Roma.

Y unidos por el alma y sonrientes,
al mútuo influjo de su amor, realizan
la imagen sugestiva de dos fuentes
que juntas por un lecho se deslizan.

Mas todo ha de acabar, y acaban ellos
por advertir que es la postrer nevada,
la que brilla temblando en sus cabellos
con fulgores de nieve inmaculada.

Y al sentir que es ya frío de sudario
el que le anuncia su cercana muerte,
con gesto patriarcal, el buen Hilario,
á sus deudos les habla de esta suerte :

« Labrad en el jardín mi sepultura,
y allí, junto á vosotros, escondido,
hasta el sueño mortal se me figura
que ha de ser un buen sueño proseguido. »

« Mas, sobre todo, disponed la fosa
con sitio para dos... ¿ Oís ? Lo quiero. »
Y besando en los ojos á su esposa,
« ¡ Adios — le dice — adios ! ... ¡ Allí te espero ! »

Muere; y á poco, á la solemne cita
acudiendo la amante compañera,
murmura con temblor la viejecita
« ¡ Ya sabéis... Ya sabéis dónde me espera !!

Y así piadosamente lo ejecutan;
mas ¡ oh prodigio ! al levantar la losa
que á Hilario cubre, de estupor se inmutan
cuantos se acercan á mirar la fosa.

Donde aparecen los despojos yertos
del fiel amante que en la tumba espera,
y aguardando á su dulce compañera,
los brazos yergue con amor abiertos !

VI

La historia es tierna, ya lo ves; por eso
como flor de cariño la escogía,
á fin de que añadiera á tu embeleso
la miel de su amorosa poesía.

Mas antes de enviarla á su destino,
me asalta un no sé qué... que sabe á pena;
un algo que me llena
de sombras que yo mismo me imagino;
un algo que, con trágico aleteo,
se agita y zumba en el fulgor divino
de ese rayo de sol del Pirineo.
Sin duda es torpe magia de la mente
ó flaqueza irrisoria de mis ojos,
que vieron mucha luz... y de repente,
por esa luz cegados,
distinguen, como manchas, puntos rojos
que flotan en mis ojos deslumbrados;
y el cuadro venturoso palidece,
sus fulgores se van, la sombra crece,
y así enturbiada la risueña aurora,
siento la horrible sugestión traidora
de aquellos brazos en la tumba abiertos,
que me atosiga y me atormenta ahora,
haciéndome entrever unos desiertos
que el desengaño puebla,...
y allá, brotando de la triste niebla,
un bosque aterrador de brazos yertos !
¡ Y cuántos, cuántos son, Dios soberano !
¡ Y qué amargo el dolor de los que han sido,
si entre las nieblas del eterno olvido,
han de esperar eternamente en vano !

VII

Pero atrás los fantásticos despojos
que el delirio me trajo en su onda amarga,
y vuelvan á brillar tus claros ojos
al sol dichoso que tu ser embarga.
Borra ya la visión aterradora
que, en alas de mi pluma irreverente,
pudo acaso llegar hasta tu frente,
nublando un punto su arbol de aurora.
Y acepta, como flor de mi ternura,
la leyenda ejemplar del Pirineo,
capaz de embellecer con su hermosura,
la menguada espresión de mi deseo.

M. MORERA GALICIA

21.
ADÓ

CUENTOS LONDINENSES

LOS TRIUNFOS DE FLORA



LA en Fog Lane, calle silenciosa que desde King's Road desciende hacia el Támesis, una casa que se distingue de las demás por su aspecto risueño y coquetón: sepárala de la acera un jardín minúsculo plantado de aligustres, acebos y rosales, y es de ver la clemátide pomposa que invade la verja, trepa por los hierros y se derrama por fuera: la sucia fachada de ladrillo desaparece en gran parte debajo de una hiedra amorosa que se encarama hasta el desván, rodea las ventanas y realza sus alféizares adornados de macetas.

Minutos antes de las nueve, en el ocaso de un día de Julio, de uno de aquellos días valientes que en los países septentrionales parecen no querer rendirse al imperio de la noche, cuando todavía quedaba en la calle la luz cenicienta del crepúsculo, se iluminaron de pronto los balcones del primer piso y, filtrándose al través de las persianas japonesas, salió un barullo de voces, juntamente con el alegre chorro de notas de una tanda de Waldteufel. Era el *at home* de la sin par Flora White, la inimitable bailarina que volvía loco á medio Londres, de la feliz poseedora de un arte único, revelado con exquisita delicadeza, ante los ojos pasmados de miles y miles de entusiastas.

Miss Alma Reiss, la notable violinista, llegó en aquel punto á la verja y tiró del timbre. Al atento saludo del lacayo contestó con un *good evening* benévolo y, ágilmente, subió la alfombrada escalera y penetró en el salón. Su presencia fué recibida con cariñosas demostraciones y, cuando hubo saludado á todos los que le daban la bienvenida, fué á tomar asiento al lado de un jovencito pulcro, de suaves ojos azules, que galantemente la ofrecía una silla.

El salón era algo reducido, pero estaba alhajado con mucho primor, con el buen gusto que muestran los ingleses en la decoración de sus moradas. Las tazas de té circulaban de mano en mano, servidas por una doncella vestidita de negro, con gorra, delantal y puños blancos, mientras dos señoritas ofrecían los aditamentos de la clásica bebida: una la nata y la leche, otra las pastas y bizcochos, con la finura insinuante que es tan natural en las hospitalarias damas sajonas.

Ocupaba el taburete del piano una deliciosa rubia, una adolescente de cuello nacarino que con fácil precisión recorría el teclado, haciendo brotar una nueva melodía de las últimas notas del *morendo* anterior, engarzando en complicadas armonías las frases del tema, jugueteando en los

tiples con arpegios cristalinos y en los bajos con resonancias corales, mientras mandaba una sonrisa ingénua, casi filial, á un viejo verde correctamente embutido en su frac, el cual viejo sonreía también, remozado, enseñando aquellos dientes británicos, tan grandes como limpios, hechos á roer cosas buenas. Las manchas lila, rosa y salmón de los vestidos de las damas alternaban con las negras y escuetas de los trajes masculinos y oscurecían aun más el verde musgo de la sillería y de la alfombra.

Sentada en el sofá, luciendo un rico delantero de encaje de Malinas, Flora sostenía la taza en una mano y se miraba distraída las puntas de los pies, de aquellos famosos pies con los que se había compuesto tanto verso, tanta variedad de rimas, ahora quietecitos y contenidos en sus estuches de raso blanco. Cerca de ella, en una butaca, un mocetón blancote y taciturno se miraba atentamente las manos, con los labios fruncidos por debajo del bigotazo rubio.

La niña tocaba un vals tras otro, como si le hubiesen dado cuerda, con gran contentamiento de los tertulios que no le prestaban atención alguna, engolfados en discutir entre el vapor de las tazas, una infinidad de cuestiones delicadas ó curiosas: dos caballeros afeitados como actores desplegaban en su coloquio gran lujo de ademanes teatrales y, sin duda por hábito escénico, alzaban el bordón de sus voces por encima del murmullo general, hasta hermanarlas con los acentos graves del piano.

Miss Alma sostenía una conversación muy animada con el jovencito inexperto, recién llegado de Sidney, que por haber visto bailar dos noches á Flora se había hecho presentar en su casa. Miraba el pollito con idólatra admiración á la bailarina, cuando la violinista le hizo notar que Barlow y Betsy estaban de monos.

—¿Quién es Barlow?— preguntó el joven.

—El caballero de bigote rubio que está al lado de Betsy.

—¿Quién es Betsy?— tornó á preguntar el novicio.

Miss Alma se sonrió y, comprendiendo que su vecino no estaba en antecedentes, acercó más á la del jovencito su cara de avecilla picotera, para que con el barullo no se perdiese un ápice de la historia.

—Flora no es tal Flora; su verdadero nombre es Betsy Phelps y yo he conocido á los Phelps cuando vivían en el Strand. Su padre murió del pecho, hace pocos años. ¡Pobre señor! ¡Era tan retraído, tan melancólico! Aun me parece que le veo con su barba gris rizada, los ojos tristes y la pipa en la boca.



— ¿No llegó á ver bailar á su hija?

— No hubiera ido á verla. Era muy raro. Por otra parte, la celebridad de Betsy ha sido una sorpresa hasta para los que la conocimos en su niñez. Cuando tenía diez años era una de tantas personitas esbeltas y airosas como se ven por las calles de Londres y por los parques.

— ¡Oh! — interrumpió el pollo — comprendo. La finura, la distinción...

— Sí, y el desparpajo. Verá usted: una prima de la señora Phelps, que es actriz, se prendó de la chiquilla y convenció á la madre de que en el arte escénico había un porvenir para Betsy: ella se encargaba de recomendarla á su empresario y de enseñarle la declamación.

— ¿En tan tierna edad?

— Precisamente por eso. Estaban entonces en favor los dramas con protagonista infantil y Betsy debutó con el papel de Oliverio Twist en la obra de Dickens.

— Estaría monísima — exclamó el joven mirando con el rabillo del ojo á la bailarina.

— Estuvo inocente y nada más — declaró la violinista. Y lo peor fué que Mr. Phelps se opuso tenazmente á que continuase aquello; aunque pobre, era de buena familia, chapado á la antigua, y no quería que su apellido rodase por los escenarios de Londres. Con gran trabajo se obtuvo al fin su consentimiento, pero Betsy adoptó en adelante el nombre de Flora White y con él firma hoy hasta las cartas íntimas.

— Es curioso; de veras, es muy curioso.

— Flora desempeñó durante algunos años papeles de huérfana y de hija natural en muchos melodramas, lloró

abandonos fingidos y fué besuqueada entre sollozos por todos nuestros grandes actores. Pero su niñez no podía ser eterna y en la edad en que las otras niñas salen del colegio, Flora salió del teatro para encerrarse en esta casita.

— Ya; la crisálida quería labrar su capullo en la sombra.

— En realidad, Flora es una mariposa; convengo en este concepto poético.

— Flora se asemeja á todo lo que vuela: es un pájaro.

— Despacito: en todo caso es un pájaro mudo.

— Al verla andar — exclamó el joven con calor — parece que condesciende en pisar el suelo por no llamar la atención, pero que la ley de la gravedad no reza con ella. ¿Tendrá alas?

— Eso no está bien averiguado — contestó Miss Alma, divertida con el entusiasmo del principiante.

— ¿Y qué tiene que ver con Flora ese Mr. Barlow?

— Mr. Barlow es un buen chico, irresoluto y enamorado, hijo de un opulento minero de Cornwall. Es el novio oficial de Flora, pero hace ya dos años que la tiene entretenida, esclava de sus celos, y hace como el perro del hortelano. Si hubiera dado conmigo, no le hubiera aguantado tanto.

— Pero ¿de veras? ¿Trata de casarse con ella Mr. Barlow?

— Vaya usted y pregúnteselo — contestó la violinista con una carcajada.

El jovencito se quedó mirando á la bailarina, algo corrido. La tenía delante, podía contemplarla á su sabor. Veíala en un nimbo de luz gloriosa, escurridiza como una

anguila, inaccesible. Aquella era la mujer maravillosa tan ensalzada, la hija del aire á quien tanto deseaba conocer desde que vió su retrato en Australia.

En efecto, á los dieciocho años, en la plenitud de sus facultades, Flora apareció como un meteoro luminoso en la escena de Gaiety Theatre, acontecimiento que produjo un entusiasmo rayano en la adoración. Los comentadores de la flemma británica no saben que Flora White fué la notabilidad del día, el asunto de todas las conversaciones, la envidia de las mujeres, una cosa más que no podía dejar de ver el extranjero, un fenómeno, una semidiosa, el ídolo del pueblo. Se la disputaban los empresarios, el oro entraba á chorros en la casita de Fog Lane; nobles y banqueros aspiraban á su mano; toda la prensa la elogiaba; todos los teatros eran pequeños para su público; todas las calles eran estrechas, si á ella se le antojaba salir á pie.

Y este prodigio se mantuvo durante años, porque Flora era un compendio de lo mejor que la naturaleza encierra: juventud, gracia, virginidad y hermosura. Todas las noches se recibía su aparición con el mismo júbilo y clamoroso aplauso. No era una bailarina como las otras; suprimió el descote, desechó el faldellín y la malla é inventó un estilo arrebatador sin picardías, un culebreo lindísimo sin desca-
ro; no kicking up. Tenía del cisne la elegancia de la forma y la elasticidad del movimiento, y del caballo algo del hermoso meneo de los remos; había tomado al jaguar la flexibilidad del tronco y la suavidad del paso y encerraba tanta excelencia dentro del contorno de una bayadera blanca y rubia. Su popularidad era inmensa: en una ocasión se torció el tobillo y esta noticia fatal recorrió los continentes y los mares á lo largo de miles de leguas de alambre.

* * *

La precoz pianista agotó al fin la rica vena de la tanda de Waldteufel y todas las conversaciones

cesaron para elogiar la música que nadie había escuchado. Uno de los cómicos puso entonces sobre el tapete la discusión de un hecho reciente que tenía escandalizado á Londres: se anunciaba la boda de Miss X***, tiple de zarzuela muy conocida de muchos, con un chico de la flor de la aristocracia.

— Á propósito—dijo Flora, entrando de repente en la plática: tengo que dar á ustedes una noticia estupenda; abran bien los oídos que allá va la bomba.

— Á ver, á ver — dijeron algunos.

Barlow seguía mirándose las manos con el bigotazo fruncido.

— Allá va — dijo Flora como si echase á volar algo con la mano. Sepan ustedes que me caso la semana que viene.

Barlow frunció, además, el entrecejo.

— ¿Pero con quien? — preguntó Miss Alma.

— Ayer noche, en el último entreacto, recibí á un mismo tiempo dos proposiciones. Si doy mi mano á Mr. Jewson, voy á tener por hijastra á la mujer más bonita del Reino Unido; pero si me caso con Sir Robert Lackbrains seré la primera bailarina de la nobleza.

Y volvió la vista hacia Barlow. Éste, viéndose en evidencia, tomó súbitamente por el atajo y, no sin habilidad, desarrugó el entrecejo y el bigote.

— No hagan ustedes caso de esta loquilla; aunque sea muy cierto que se casa la semana que viene.

— ¿Pero con quien? — volvió á preguntar Miss Alma.

— Connigo, naturalmente; — respondió Barlow encogiéndose de hombros.

Un aplauso unánime resonó en el salón, mientras Flora tendía la mano al héroe y le envolvía en una mirada indescriptible de amor alborozado y victorioso.

MANUEL LASSALA

Ilustración de L. BONNIN





EL CORPUS EN BARCELONA.—L'HEREU Y LA PUBILLA.—POR A. MAS Y FONDEVILA

EXPOSICIÓN DE ARTE ÍNTIMO, DEL CÍRCULO DE SANT LLUCH



DIBUJO DE D. BAIXERAS



DIBUJOS DE JOSE LLIMONA



DIBUJO DE MAS Y FONDEVILA



Estatua de Velázquez en el patio interior del Pabellón de España

CRÓNICA DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

EL PABELLÓN DE ESPAÑA

El día 8 de Mayo se abrieron las puertas de nuestro pabellón; día gris, lluvioso, triste para los que miran con indiferencia las cosas de nuestra tierra; día lleno de sol para mí, al ver el homenaje rendido por los extranjeros á la que representa la casa solariega de España en esta Exposición. Importa poco que todo sea en ella efímero; desde la banqueta en que se asientan sus muros, hasta la torre del homenaje en que flota la bandera de la patria, desde el solar que reivindicará Francia, en breve, hasta el recuerdo de nuestra posesión á orillas del Sena; é importa poco, porque por encima del oropel y de lo teatral, flota algo condensado en la historia de España, y que merecerá siempre el respetuoso saludo y la profunda veneración de los hombres pensadores del mundo entero.

Cuantos por su posición y sus méritos ocupan puesto preferente en esta Exposición: el Sr. Duque de Sesto, el Sr. Conde de Casa Valencia, el Sr. Marqués de Villalobar, el Secretario General señor Jordana, los Directores Sres. Jiménez, Rodrigañez, y otro que ni nombro siquiera, porque mérito no tiene ninguno, todos hemos sentido la profunda alegría del éxito, la íntima satisfacción de oír

de labios autorizados, que el pabellón de España figura entre los primeros de la calle de las naciones, por su elegancia, por su corte aristocrático, por la acertada combinación de elementos arquitectónicos arrancados del natural, y transportados á orillas del Sena, por un hombre inteligente que siente el arte, y á él ajustó su pensamiento, condensando en su obra, y en un solo punto, lo que recuerda el desenvolvimiento del Renacimiento español y alguna de las páginas más brillantes de la historia de nuestro país. Si entre aquel concierto de alabanzas hubo alguna nota discordante, y salió de boca española, yo no quiero saberlo; y menos aun el móvil que pudo dictarla; tan grato es perdonar, hasta á los calumniadores.

Y dejando aparte las tristezas de la realidad, tan hondas en estos tiempos y tan crueles, permítame quien me lea, ya que me atrevo á llamar crónica á estos escritos, que historie y diga sobre el pabellón de España algo inédito; que conviene sepan las gentes para que puedan formar concepto claro de lo que á todos interesa. Porque nuestro prestigio aquí, es más que un prestigio personal, es algo que mirado por propios y extraños, se refleja sobre el país entero, que tiene derecho, por este solo concepto, á juzgarnos, sino con severa justicia, con imparcial equidad.

El arquitecto Sr. Urioste y Velada, como los demás arquitectos que han estudiado los proyectos de pabellones emplazados á orillas del Sena, en la calle de las Naciones de esta Exposición, se halló con el pie forzado de la imposición hecha por la Comisaría francesa, de pretender ó mejor dicho, obligar á que cada país recordase, en cuanto fuera posible, los tipos más interesantes de sus monumentos locales, eligiendo entre ellos los que reprodujeran y caracterizaran mejor, una época de su historia ó una región de su territorio.

Y como se ha obedecido este precepto lo dicen en sus pabellones: Italia, cuyo palacio es una combinación de gótico y renacimiento, con sus grandes ventanales cubiertos con vidrios de colores, sus columnas salomónicas, sus fachadas policromas, pobladas de estatuas, doseletes y escudos, su profusión, quizá excesiva, de hojarasca, y sus doradas cúpulas, recuerdos, sino copias de la arquitectura veneciana, arrancadas de la iglesia de San Marcos y del Palacio Ducal; Hungría, que ha transportado á orillas del Sena, la vieja torre de la ciudadela de Komorn, algunos fragmentos del castillo de Vajd-Hunyad, y la magnífica puerta románico-bizantina de la abadía de Iak; Bélgica, copiando la casa municipal que en Audernade construyera, en 1530, el arquitecto Van Pede, rematando su esbelta torre el héroe legendario que sostiene la bandera de Flandes; Suecia y Noruega, con sus construcciones de maderas, manifestación ostentosa de su riqueza forestal; y por fin, y entre otros muchos, Alemania, que en su pabellón espléndido, sintetiza la antigua arquitectura de Nuremberg, con recuerdos de las modernas construcciones de Berlín y de Munich, formando un conjunto en que predomina el renacimiento alemán del siglo xvi.

Ateniéndose el arquitecto del Gobierno español señor Urioste al precepto de la Comisaría francesa, y encerrada la traza del edificio que había de construir en un terreno de forma rectangular de 25'00 metros de frente por 28'50 metros de fondo, á uno de cuyos extremos va unido un cuadrado de 8'00 metros de lado, sobre el que se asienta la torre en forma de cuerpo avanzado, estudió y proyectó un edificio de estilo Renacimiento español, que aun siendo de

origen italiano, tomó, en cada país, un caracter típico especial apropiado á su gusto y á sus necesidades, floreciendo en España y desarrollándose, con toda esplendidez, en los comienzos del siglo xvi.

El Sr. Urioste pudo imitar lo que ha proyectado el arquitecto del pabellón belga, existiendo en España tantos ejemplares del gótico, desde el estilo más sobrio en la catedral de Barcelona, hasta el más florido en San Juan de los Reyes de Toledo; pero, evocando el gótico en nuestra tierra, la época de conquistas y descubrimientos, quizá no halló pertinente ni patriótico mantener vivos estos recuerdos, cuando está tan reciente la fecha de nuestros desastres, y el duelo de una tumba, apenas cerrada, que contiene la historia de nuestra vida colonial, mantenida, con varía fortuna, durante cuatro siglos. Más lógico debió parecerle recordar la época del florecimiento de las Universidades de Alcalá y Salamanca, en que el Renacimiento alcanzó vuelos tan altos, en edificios públicos y privados que, aun hoy, algunas ciudades españolas, si conservan su abolengo con justo crédito, lo deben á la belleza arquitectónica de edificios que, con ser solo recuerdos, muestran en la patina de primorosos encajes de piedra lo que fueron en otros tiempos: el poder genial de nuestra raza y la potencia creadora de nuestros artistas.

Aceptado este criterio, bajo el punto de vista artístico del edificio, el Sr. Urioste debió preocuparse en la parte constructiva, de dar solidez á una plataforma de 4 metros de altura construída por la administración francesa á orillas del Sena, sobre terreno de acarreo que no podía resistir más que 500 kilogramos por metro cuadrado, en unas partes, y 1000 kilogramos en otra; y sobre la que debía construirse un edificio, cuya parte baja había de destinarse á cervecería, restaurant ó á algun espectáculo especial, y la parte alta á las necesidades del comisariado español. El señor Urioste, al calcular las condiciones de estabilidad del pabellón halló, y así se ha ejecutado, que era preciso hincar más de 60 pilotes de 13 metros de altura, empleando un martinete de 1000 kilos, y cargar, sobre ellos, siete vigas tubulares, capaz alguna de ellas de aguantar cargas de 94 toneladas.

El pabellón tiene dos plantas: baja y principal, con dos salas cada una de 23 metros de longitud por 6'50 metros de anchura; separadas, la baja, por un patio central, y la alta, por una galería; existiendo en el fondo del patio una escalera de líneas finísimas y de elegancia imponderable, formando el patio y la escalera un conjunto tan armónico que la vista se recrea en aquellas formas atildadas, dignas de la realeza que en espíritu la habita.

La torre, adosada á la fachada que da al río, de 26 metros de altura con inclusión de pináculos, deja en su parte baja un hueco que la hace practicable para el público, sosteniendo á toda ella cuatro robustas estatuas, muy bien modeladas, que llevan, sobre sus hombros desnudos, todo el peso de los tres pisos de la torre, destinados á dependencias de la Comisaría.

Claro es que en estos edificios se impone el convencionalismo de agrandar ó achicar los modelos adoptados, porque, si la obra ha de resultar armoniosa, los elementos han de ser combinación y en ningun caso mezcla confusa de ellos; y así resulta la obra elegante del Sr. Urioste, en la que es difícil distinguir, sobre todo para el profano, donde empieza lo imitado y donde acaba el molde natural, con todos sus detalles y primores.

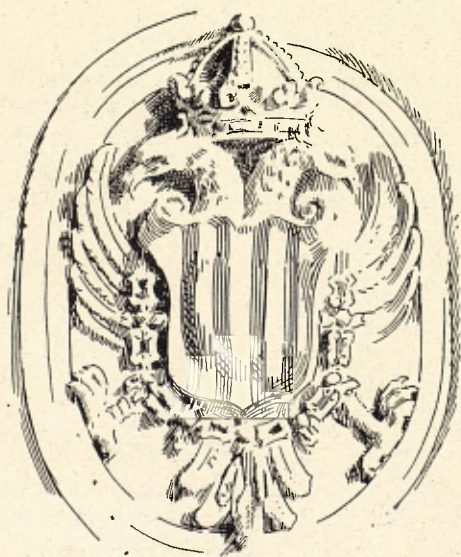
Seguir paso á paso los adornos de aquella composición: con sus arcos carpaneles rebajados, que alternan con los de medio punto, y los adintelados, sus columnas cilíndricas con encarpas en sus fustes y capiteles de sirenas aladas en sustitución de las volutas, combinadas con otras columnas prismáticas; sus escudos imperiales, sus medallones con armas y leones semirrampantes, heraldos, dragones, atletas y quimeras, con balaustradas y pilastras que traen á la memoria las agujas y pináculos de las construcciones ojivales, ¡ah! para todo esto me falta tener el conocimiento hondo de los estilos arquitectónicos, con sus reglas, sus primores, y el espíritu artístico que los informa, sin lo cual habría de parecer, cuanto dijera, desdibujado y pretencioso.

No se más de todo esto; como no sea añadir que ha sido un error de la Comisaría francesa imponer á los edificios que miran al Sena, el establecimiento de restaurants, de cervecerías y de otras cosas que dan á la calle de las naciones aire de feria, y no de las más renombradas.

En algunos pabellones, los Comisarios han consentido que los expositores los conviertan en anexos de las secciones; en el de España no hay más que tapices de la Real Casa, del Duque de Sesto, armas y vestiduras reales, algo que recuerda nuestra brillante historia peninsular; en el centro del patio la estatua de Velázquez; adosados á los paramentos, bronce de varios artistas de merecido renombre; después, espacios vacíos, para que el edificio luzca y sea lo que, en mi concepto, debe ser: un *piéd à terre* para los españoles, lugar de esparcimiento en que vayamos á reunirnos, y á cambiar impresiones cuantos amamos á nuestra tierra.

RAFAEL PUIG Y VALLS

Ilustraciones de ANTONIO UTRILLO



Escudo de Cataluña. — Detalle del Pabellón Real



EL PALACIO DE ESPAÑA.— Vista general desde el Sena

PARIS Y LA EXPOSICION

IMPRESIONES Á VUELA PLUMA

Por nada del mundo quisiera en estos momentos — en otros tampoco — ser Presidente de la República. Ni siquiera Ministro de Bellas Artes, de Comercio ó de Obras públicas. ¡ Pobres señores!... Les compadezco con toda el alma y no puedo menos de entregarme á filosóficas consideraciones al pensar con cuantos afanes se pagan en este valle de lágrimas y de concursos internacionales, las grandezas del poder.

Porque todos esos ilustres personajes y los que van á su zaga en concepto de Directores de ese ó del otro ramo, de Sub-Directores, de Secretarios, etc., etc., no paran ni descansan un instante, desde que se inauguró la Exposición. Á la apertura general han seguido las parciales, y no transcurre un día sin su correspondiente inauguración y por lo tanto con la indispensable ceremonia oficial. Las diferentes naciones representadas en este gigantesco cer-

tamen han ido abriendo sucesivamente sus puertas, esto es, las de sus pabellones, ofreciendo á la admiración y á la curiosidad — ya un poquito cansadas, sospecho yo — del elemento oficial francés, las riquezas artísticas é históricas atesoradas en sus respectivos palacios. Y como al propio tiempo se han ido inaugurando distintas secciones en el interior del recinto y á cada una de esas fiestas ha tenido que asistir el Jefe del Estado, ó cuando menos, alguno de los tres ministros aludidos, sospecho también que esos buenos señores deben sentirse ya hartos de tanta ceremonia.

Pero hay otra clase social mucho más digna todavía de conmiseración: y es la de los periodistas; la de los reporters encargados de hacer *au jour le jour* la historia de la Exposición. Verdad es que todos los grandes órganos de la opinión han aumentado su personal en esta época y que el servicio de información se halla repartido entre varios compañeros. Pero no importa: el oficio de cronista es pesado en estos momentos y hay chico de la prensa que no descansa una hora desde que se levanta hasta que se acuesta. ¡Vaya un trabajo de negro! — me decía ayer un pobre muchacho con quien me encontré en el pabellón de Inglaterra — si eso continua por el estilo un par de semanas más me quedo cojo... y ciego.» La verdad es que á fuerza de mirar y de remirar á derecha y á izquierda, de tener constantemente ocupado el órgano visual en ese inmenso kaleidoscopio, se le echan á uno á perder los ojos.

En mi anterior crónica manifesté ya á los lectores de HISPANIA la excelente impresión que había causado al inaugurarse nuestro palacio nacional, tan elegante, tan airoso en su aspecto exterior y tan notable por las maravillas que encierra. Esa impresión ha ido acentuándose y puedo decir con patriótica satisfacción que las comparaciones que inevitablemente se producen en el espíritu público — hablo del público intelectual — resultan todas á favor nuestro. Ninguna otra nación ha presentado un conjunto tan soberbio de arte antiguo y de belleza histórica como el que ha ofrecido España en su pabellón. Desgraciadamente es lo único que habemos logrado exhibir: pues me temo que el otro conjunto, esto es, el de todas las instalaciones en que están representados nuestro movimiento y nuestro progreso modernos, no acuse una inferioridad lamentable, á pesar del incontestable adelanto y del meritorio esfuerzo que se revela en las exhibiciones de algunos, muy contados expositores nuestros. La excepción en estos casos no basta para borrar la impresión general y esta, repito, será muy poco halagadora para nuestro amor propio. Quizás me equivoque y así lo deseo muy sinceramente; pero no lo creo. En arte y en riqueza nuestro pasado habla muy alto, pero lo que es nuestro presente...

En ese pabellón hispano he pasado ya muchas horas recreando la vista y el recuerdo. Y en él me hallaba hace tres días contemplando una vez más las preciosidades coleccionadas, cuando de repente oí pronunciar mi nombre con afectuosa entonación. Volvíme y me encontré con toda una familia de amables provincianos, recién llegados del otro extremo de la Francia, para extasiarse ante las bellezas de la Exposición. Había trabado amistosas relaciones con Monsieur G... en Bagneres de Luchón, dos años atrás y tuve especial satisfacción en volverle á ver á él, á su esposa, á su cuñada y á sus cuatro hijas, y de hacerles, al propio tiempo, los honores de nuestro pabellón.

Las espléndidas armaduras de los Reyes de España, el trono de Carlos V, las admirables tapicerías, los mil y un objetos de extraordinario valor é importancia histórica

que yo iba mostrando sucesivamente á mi caravana, parecían interesarla bastante, sobre todo á Monsieur G... pero al concluir la visita creí notar en la actitud de las señoras algo así como una decepción.

— ¿No hay nada más por ver? — me preguntó una de las señoritas, la mayor, tras una ligera vacilación.

— No... no creo que haya nada más, — repuse algo sorprendido de que un exámen tan minucioso, que había durado más de tres horas, no hubiese satisfecho ni cansado su curiosidad.

— ¿Y los diamantes dónde están?

— ¿Los diamantes de la Corona?... esos no están aquí: se han quedado en Madrid.

— No: no quiero decir los diamantes de la Corona...

— ¿Cuáles pues?

— Los de la *bella Otero*... Nos habían asegurado que estaban expuestos aquí y que había por valor de diez millones de francos.

Mordiéndome los labios, para no soltar la risa, tuve que manifestar á aquellas buenas señoras que la colección diamantífera de la linda bailarina no figuraba entre las preciosidades del palacio español. Lo cual parecieron deplorar mucho mis provincianas, que en punto á celebridades ibéricas no conocen más que dos ó tres: la Otero, citada á cada momento por la prensa *boulevardie*, Mazzantini y Bombita. Hay en Francia millares y millares de burgueses, machos ó hembras, que no saben que exista un Pérez Galdós, un Pereda, un Campoamor, un Menéndez Pelayo. Pero á la Otero todo París la conoce. Casi me atreveré á decir que es tan popular como Henri Rochefort. Y su popularidad es muy merecida, á mi juicio; pues no hay duda que es de lo mejorcito que ha exportado España en estos últimos años, en cuanto á artículos femeninos.

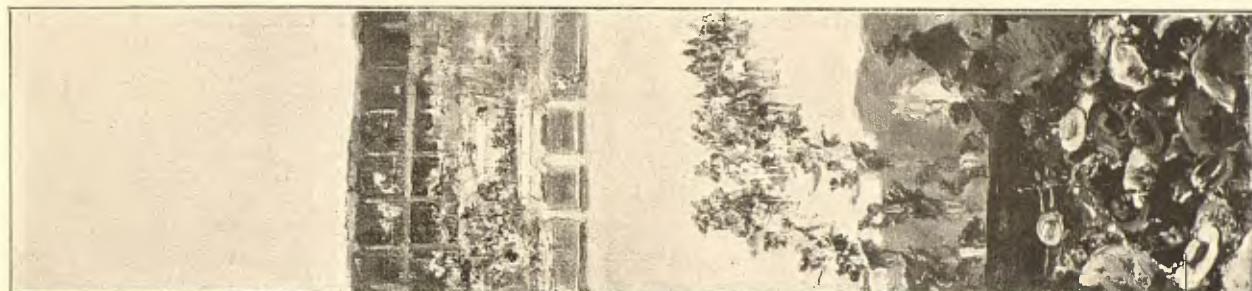
Y basta por hoy de palique. Quería referir á ustedes el lamentable episodio de un compatriota nuestro, rico cosechero jerezano, que se vino hace ocho días á esta Babilonia, con mucho empaque, muchos miles de francos y una... *baronesa* á quien encontró durante el trayecto, en Burdeos, muy guapa, muy elegante y muy altruista, puesto que á las dos horas de tren, se ofreció á servir de guía, en la Exposición y fuera de la Exposición, á nuestro andaluz, que no había estado nunca en París y habla el francés como una *vache espagnole*. El hombre emocionado por la gratitud y las miradas incendiarias de la bella, aceptó el ofrecimiento... y nada: que durante ocho días fué aquello mi nombre; digo, la mar!... Pero vino el 28 de Mayo, el del eclipse de sol, y aunque en esta ciudad no era casi visible, lo fué — y más que visible, tangible — para el hijo de la tierra de María Santísima, que ha notado el eclipse total (y sin corona,) de la baronesa y de doce mil francos que se traía él en su carterita. La dama no ha vuelto á parecer; el dinero tampoco y el cosechero está que trina, sintiendo mucho más que la herida en el corazón y en el bolsillo, la herida en su dignidad. Eso de que se la hayan pegado á un andaluz, tan listo, tan «gitano» como él, es cosa que no la concibe. Es, en fin, una aventura que conforme digo, quería referir á ustedes, pero no tengo tiempo: me están esperando y la carta se alarga ya demasiado y solo puedo añadir á guisa de sapientísimo consejo, que es preciso desconfiar de las «baronesas» que se encuentra uno en el camino.

ALFONSO DE MAR

Ilustración de A. UTRILLO



CARDENAL CAMARELA (Acuarela)



SALUDO Á LA PRESIDENCIA (Óleo)



¡VIVA ESPAÑA! (Acuarela)

PINTURAS ORIGINALES DE ALEJANDRO FERRANT



OPERARIOS DE LA REVISTA "HISPANIA" OBSERVANDO EL ECLIPSE



LA PROCESION DEL CORPUS.—SALIDA DE LOS GONFALONES

PLAFÓN DECORATIVO



40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1^m X 1'60

ATLAS GEOGRÁFICO



SEGUNDA EDICIÓN

aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal.

Mapa de Cuba, doble tamaño

Mapa de Puerto Rico y de la Bahía de Manila

Completo y encuadernado, 12 PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES

Hermenegildo Miralles, Editor

59, Calle de Bailén, 70

• BARCELONA •

